



SEIS MIL
LUNAS

JULIO ALEJANDRE

Sobre el telón de fondo de la revolución salvadoreña, ya pasada pero tan presente y pesada como una losa, *Seis mil lunas* nos muestra la particular memoria histórica, remota y reciente, de unos personajes estoicos y sufridos pero vitales que nos transmiten su indignación y su amargura sin renunciar a la esperanza, a la alegría ni al humor.

La atmósfera psicológica recreada, el paisaje humano y social, el protagonismo colectivo, la guerra, la pobreza crónica o la violencia contra las mujeres «permiten situar a Julio Alejandro en el ámbito literario del “realismo trágico”, que es la expresión que con menos palabras y mejor -dice Pedro Escobar en el prólogo- explica este libro».

Los catorce relatos que lo componen, premiados todos de ellos en diferentes certámenes nacionales e internacionales, están narrados con un lenguaje mestizo, fluido y llano, un castellano metamorfoseado que funde elementos literarios de ambas orillas de Atlántico.



ePUB

Julio Alejandro

Seis mil lunas



© Julio Alejandro Calviño, 2013
© Prólogo: Pedro Escobar, 2013
© para todos los países en lengua española:
Ediciones Antígona, S. L.
C/ Prim 15, local - 28004 (Madrid)
Tel: 91.119.17.32
info@edicionesantigona.com
www.edicionesantigona.com

Primera edición, 2013

Director de la colección: Isaac Juncos Cianca
Diseño de cubierta: Ediciones Antígona
Editora: Concha López Piña

ISBN: 978-84-15906-13-1
ISBN digital: 978-84-15906-14-8
Depósito legal: M-15661-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

PRÓLOGO

El relato corto es un género literario difícil y la prueba de ello es que no todos los grandes escritores se atreven con él. Algunos de los que han pasado con mayúsculas a la historia de la literatura como Boccaccio, Edgar Allan Poe o Jack London, sin menospreciar sus otras producciones, deben buena parte de sus lectores a sus magistrales relatos cortos, así como otros maestros más cercanos en el tiempo como Roal Dahl o Andrea Camilleri. Sin duda, hay muchos más pero me permito la licencia de citar a algunos de mis preferidos.

Probablemente el éxito de ahora y de siempre de este género, se deba a que es el que más se parece a la primera y más genuina expresión literaria, la que existió seguramente antes de que existiera la escritura y que no es otra que la narración de historias, la transmisión oral de cuentos, fábulas, leyendas... Porque el relato corto es abordable en una espera de aeropuerto o de estación o en el poco rato que puede sacarse en casa entre las obligaciones doméstico-familiares y el necesario y breve espacio de desconexión que nos concedemos.

Para escribir un relato corto hay que tener algo que contar, algo impactante, llamativo, inesperado o

sorprendente, y la habilidad de contarlo sin imponer al lector una servidumbre de constancia y tiempo de la que seguramente no dispone y menos aún en estos días inciertos en los que vivir es un arte, como cantaban los Celtas Cortos. Y no es nada fácil reunir estos dos ingredientes.

Julio Alejandro es profesor y trabaja actualmente en Azuaga (Badajoz), pero estuvo diez largos años, desde finales de los ochenta hasta casi el año dos mil, trabajando como cooperante en El Salvador, siempre involucrado en proyectos educativos y culturales. Julio nos ofrece *Seis mil lunas*, el sugerente y original título en el que agrupa una serie de relatos cortos, catorce, fruto de sus experiencias, vivencias y convivencias en esos más de diez años que permaneció en el pequeño país centroamericano.

Julio Alejandro reúne en sus *Seis mil lunas* los dos ingredientes mencionados anteriormente, imprescindibles para aventurarse en ese género que desde el principio he calificado de difícil, ya que tiene muchas cosas que contar, sorprendentes, originales, inesperadas..., y lo hace de tal forma que cada relato que empiezas no lo interrumpes doblando el pico de la página o recolocando el consabido separador. Te lo advierto, eventual lector: no dejarás el libro con una historia a medias, sea cual sea por la que te decidas.

De entrada, el título suena bien. Es sugerente y original y se hace necesaria una explicación ante la casi inevitable pregunta ¿por qué seis mil? Son muchas seis mil si tenemos en cuenta que en todo el sistema solar, contando las sesenta y tantas de Júpiter, otras tantas de Saturno, las veintitantas de Urano y todas las demás, apenas llegan a ciento cincuenta. Querido lector, es errónea esta línea de conjeturas, porque las seis mil lunas no tienen nada que ver

con la Astronomía y todo que ver con la Cronología. Con su ritmo pausado, fragmentado en tramos de siete días, la luna, nuestro solitario, vagabundo y cambiante satélite que cada 28 días nos ofrece una nueva cara, ha sido el primer y más universal referente cronológico en casi todas las épocas, culturas y latitudes. Es así que estas seis mil lunas, traducidas a las unidades de tiempo más convencionales, vienen a ser quinientos años, los mismos que los europeos cuentan desde «su descubrimiento» de América y que los amerindios cuentan desde la llegada de los hombres blancos y barbudos venidos desde el otro lado del mar. Quinientos años o seis mil lunas de dominación, de conquista, de saqueo, de mestizaje, de sustitución o al menos intento de asimilación de una cultura por otra, de una religión por otra, todo con la ayuda de Dios y de las armas, con la cruz y la espada.

Pero Julio no nos cuenta, como un nuevo y contemporáneo Padre Las Casas y quizá como cabría esperar, catorce historias de explotación e injusticias, de batallas perdidas en esa desigual lucha que viene desde hace ya más de seis mil lunas. Julio nos cuenta catorce historias de personas concretas, de carne y hueso, perfectamente identificables, historias absolutamente creíbles porque son historias reales, sacadas de la América Latina de hoy, con todas sus lacras, sus vicios, sus esperanzas, su indomable búsqueda de una vida mejor, su interminable pelea, tantas veces perdida pero otras tantas veces recomenzada, para cambiar la historia.

Las historias que componen *Seis mil lunas* son perfectamente independientes unas de otras, aunque haya personajes como Cleofás o Meregildo que aparecen en más de un relato. Además, estas historias diferentes comparten el mismo aroma de realismo y tragedia, de esperanza y

fatalismo, de resignación y lucha. Julio Alejandro despliega una, tengo que reconocer, inesperada maestría en el uso de la lengua y se maneja con una enorme soltura en todos los registros narrativos.

Con absoluta fluidez y comodidad utiliza el estilo directo periodístico, la crónica viva de lo que ha presenciado y, si no hubiera sido testigo directo, la precisión con que ha recogido el relato de los que fueron protagonistas. La descripción que hace de la dramática travesía del río Lempa en *Tres días de marzo* es magistral y estremecedora. Pero con la misma habilidad narrativa utiliza el estilo retrospectivo en la prolija narración que un campesino hace al juez explicándole la muerte de Chabelo, en *El novenario*, o contando desde un indeterminado presente, a toro pasado y con frecuentes y acertadísimos *flash back*, la azarosa vida de Erundina Guevara. En otras ocasiones, con sorprendente realismo y autenticidad, se mete en la piel de personajes tan distantes y contradictorios como *El viejo canalla* o *El sacador de chaparro* para contar en primera persona, de manera pseudo-autobiográfica, las andanzas de los protagonistas. En ambos casos, con una enorme capacidad de empatía, transmite la misma credibilidad y provoca las emociones del lector, positivas en el caso del héroe, negativas en el caso del villano. Casi podía decirse que Julio utiliza un recurso narrativo diferente en cada historia. Incluso le hace un guiño a García Márquez cuando Elpidio, en el *Vía Crucis* de su retorno, mezcla realidad con ensoñación, el más acá con el más allá, personajes presentes con ausentes.

No obstante, aunque las historias son diferentes, el estilo cambiante y los protagonistas cada uno con unos rasgos propios muy definidos, hay algo que es muy

homogéneo y que impregna inconfundiblemente todo el libro: es el lenguaje que se utiliza.

El autor de las *Seis mil lunas* emplea un castellano muy latinoamericano y contribuye a enriquecer esa particularísima versión de la lengua de Berceo, Cervantes o Delibes, recreada y proyectada universalmente por otros maestros como Rulfo, Quiroga o Benedetti. Julio Alejandro utiliza un castellano metamorfoseado, mestizo, evolucionado, fluido y preciso. No me parece exagerado afirmar que el término «lengua castellana» es demasiado estrecho ¡por muy ancha que sea Castilla!, para definir o describir la lengua que se ha ido creando a lo largo de estas seis mil lunas y en un ámbito geográfico en el que casi no se pone el sol.

En la medida en que el lector se vaya adentrando en la lectura de estos catorce relatos, y sin duda en la lectura repetida de más de uno, podrá ir reuniendo elementos para catalogar el estilo del autor. La atmósfera psicológica, el paisaje humano y social, las costumbres, la particular memoria histórica, remota y reciente, de los personajes, el protagonismo colectivo, los héroes anónimos que habitan las páginas de este libro, el vitalismo de los desheredados, la pobreza crónica, la guerra, ya pasada pero tan presente y pesada como una losa, la tragedia presentida, la violencia contra las mujeres, la esclavitud del guaro...

Todo ello permite, nos permite, sin presunción y sin exageración, situar a Julio Alejandro en el ámbito literario del realismo trágico. Aunque cualquier catalogación siempre es, no solo discutible, sino restrictiva y parcial, «realismo trágico» es la expresión que con menos palabras mejor explica o más nos informa sobre las *Seis mil lunas* que nos regala este veterano cooperante en América Latina.

De momento, tenemos estas catorce historias que son reales porque no son inventadas, sino retazos de la realidad latinoamericana y, aunque muchas tienen un final trágico presentido, no por ello son historias pesimistas o tristes, sino reiteradamente realistas. No obstante, en todas late un fondo de vitalismo y de esperanza que nos devuelve la confianza en el ser humano.

Aunque seis mil lunas son muchas, no son suficientes para erradicar en la conciencia, en la voluntad y en la memoria de los pueblos de América Latina, el deseo de una vida mejor, el deseo de cambiar la realidad y de cambiar la historia. Puede que hagan falta otras seis mil lunas. No importa, las iremos contando e, igual que ha hecho Julio Alejandro, habrá otras plumas que lo escriban, otras memorias que lo cuenten, otras voces que lo canten.

PEDRO ESCOBAR
Enero de 2013

A Felipa, que pudo cruzar el río

El *vía crucis*^[1]

Nos fuimos con lo puesto. Los que tuvimos más suerte pudimos salvar apenas lo que cabe en un saco. No es mucho, verdad. Y aun así, vieran lo pesado que se llega a hacer. Cuando hubo que elegir las cosas, a la carrera, no fue fácil decidirse. Nunca se sabe lo que nos puede hacer falta. Yo me llevé un par de cobijas, algo de comida para el camino, un lío de cabulla, una mudada de ropa y la poquita plata que había juntado de la venta del último maíz. Volados útiles. Pero las cosas del corazón, las que sustentan los recuerdos, se quedaron botadas; no nos parecieron lo bastante importantes en aquel momento. Solo después las echamos en falta, cuando ya hubimos puesto la vida a salvo. Cómo suspiramos por ellas entonces. Parece que nos han dejado un hueco, dentro del pecho, que no hay manera de llenar. Atrás se quedó la foto que yo guardaba de mis tatas, la única que se habían hecho, y ahora que la memoria me va fallando ya no recuerdo bien sus rostros: cierro los ojos e intento concentrarme, pero los veo cada vez más imprecisos. También dejé atrás unos dados de la suerte con los que gané la ternera que me pedía don Peto, el papá de la Julia, para poder juntarnos, y una crucecita de bambú que ella me regaló unas navidades, que velaba por

nosotros y nos protegía desde su lugar en la pared. Todos esos objetos se perdieron y ahora somos una familia sin historia, sin historia y sin tierra. Por eso he querido regresar; por eso principalmente.

Nos ubicaron a todos en un llano alto y helado, todo el invierno soplando el norte, ese viento terco que le levanta a uno dolor de cabeza. Pero al menos allí, en el campamento, estábamos a salvo. Aunque todo escaseara, no faltaba nada de lo básico: los tres tiempos de comida, ropa para el que no tenga, cobijas para no aguantar frío, jabón y hasta café. Los viejos pasábamos los días sentados en unos bancos de madera, pulidos de tanta nalga como aguantaban, contando historias de aquí, recordando, mirando para la frontera. Los años se pasaban despacio, con esa tristeza que le anida a uno adentro, que no lo deja dormir, ni descansar. ¿Qué va a hacer uno lejos de la tierra? Un campesino sin tierra no es nada. De pensar en morirme en el exilio se me iba la alegría. Así que mejor me regreso, les dije, qué tengo que temer allá si se fue la gente. No se vaya tata, me pidieron los hijos, que también a usted lo van a matar. Pero no les hice caso y me vine.

Son varios días andando, una semana tal vez, o más. Atravieso páramos solitarios, hondonadas calientes y cerros helados, lejos de la gente y las patrullas. Uno está viejo, pero marchó despacio y sin miedo. Este camino es como un *vía crucis* íntimo que se sufre en carne propia: a cada nuevo paso que se avanza, uno reza para dentro, recordando. Igual que cuando salimos en huida, pero en sentido contrario. Han pasado solo unos años, pero a esta edad los huesos resienten mucho el paso del tiempo.

Al final está el río. Baja bravo. En esta época, que es de lluvias, las aguas revientan el cauce. Desde la orilla extranjera miro la propia; extranjera es un decir: la tierra

es la misma, la gente también, solo un río que divide. Serán cien varas, doscientas lo más, pero no se puede cruzar. Ya no había barca, ni cómo pasarse, así que me quedo un tiempo arrimado donde mi compadre don Lupe.

—Para allá vas, vos.

—Para allá voy, dije.

—Mejor vuélvase. A veces se presentan soldados del otro lado, me advierte, buscando gente refugiada.

Mi compadre siempre anda con miedos. Está delgado y seco. Se le ha pegado la piel a los huesos. La comadre no, ella está mero cholotona. Me han dejado dormir en la cocina, fuera de la casa, y se mete el agua cuando llueve. Cada día llueve más que el anterior, y el río más alto. La tierra se vuelve un puro lodazal y el aire huele a madera podrida y a moho.

Una mañana llega un hombre por el camino del pueblo con dos bestias.

—Yo lo ayudo a cruzar, me dice.

Y me pasó el río en las mulas, buenas nadadoras. Al llegar al otro lado se regresó.

—Tenga cuidado mi amigo, me dijo, porque en esta orilla nadie responde.

—No se apure, le contesto.

Todo está enmontañado, solitario. Crecen los árboles por doquier y las enredaderas que cuelgan de sus ramas tejen una maraña impenetrable, pero a cada paso que doy siento el olor de la bienvenida. Ahora estoy en mi tierra, alegre dentro de lo que cabe, porque lo que se perdió ya no se va a recuperar. La guerra, pienso, tan maldita para nosotros, ha sido en cambio un descanso para esta tierra casi esquilmada por el hombre. La selva se extiende de nuevo, se come las veredas y los calveros y cubre las cicatrices que le hemos hecho. Los pozos brotan con fuerza y las

quebradas bajan más llenas que nunca. Veo animales que ya tiempos se perdieron, venados, tepezcuintles, cusucos. Los frutos de la temporada desgajan los palos, de cargados que están. Hay lugares que parecen rescatados de la primera mañana de la creación, lavaditos por el agua, fértil y olorosa la tierra, llena de trinos y de vida. Uno en este lugar no teme a nada, y puedo quedarme tan galán aguantando las estaciones con sus lluvias de lodo y sus sequías de polvo.

Pasa una patrulla de soldados y me encuentran en medio de la montaña. No son muchos, pero suficientes para turbar mi calma. Caminan con pasos de metal y llevan las caras ocultas. Detrás de las pinturas se esconden unos ojos manchados de vergüenza y miedo. Están sorprendidos por mi presencia y las bocas de los fusiles me interrogan en silencio; pero aquí solamente estoy yo, nadie más.

—No cargo nada, les respondo, mis manos, mi pobre cacaxtle reseco y arrugado, estas ropas miserables y descoloridas.

Mientras hablo, pienso si no se habrán extraviado, si no serán las ánimas de aquellos que nos hicieron salir, que expían sus culpas en este purgatorio. No me dicen nada, nomás me regalan las miradas ardientes de los ojos ciegos.

Los veo partir, encorvados bajo el peso de sus mochilas; pero el encuentro me ha dejado cansado y vacío, con el cuerpo helado por un frío que se extiende de dentro para fuera, hacia la tarde caliente. No siento ganas de caminar ni de moverme. Mejor me hago una rosca y dejo que el sol me entibie tantito.

No sé cuánto tiempo he dormido, si han sido días o años, pero me despierto con el alma dolorida por un sueño largo y turbio que no recuerdo. Sé que he llorado, aunque no me

queden lágrimas. Abro los ojos y miro entre el ramaje hacia el cielo de azul brillante.

Bajo el cerro buscando la quebrada de Los Pueblos, que tiene un remanso amplio, muy sombreado, donde las ramas de los arbolones en ambas orillas casi se tocan por encima de las aguas; y de entre todos sobresale un gran conacaste, alto y tan viejo como la vida, con la corteza gris abultada por los músculos que le sirven para sujetarse a la tierra y mantenerse en pie. Por aquí siempre se les ha tenido miedo a los conacastes, dicen que la siguanaba se esconde en su tronco, que puede salirle a uno en la noche y llevárselo para no volver. Pero este lugar está siempre tranquilo y se puede descansar de la canícula en los días más calientes del verano. Alrededor del conacaste el suelo está cubierto de grandes piedras negras y redondeadas, sacadas del río. Cada piedra, con una cruz y un nombre, encierra el recuerdo de una persona. Las han ido dejando de a poquitos, una por cada quien de los que murieron en la huida, de los que se ahogaron en el río, de los que se enfermaron en el campamento, de los que se apagaron de tristeza o soledad. Y ahora me pertenece a mí poner nuevas piedras. Busco buenos cantos río abajo, grandes, redondos y oscuros, los cargo al lomo, les pinto una cruz blanca con un pedazo de cal, los marco con las letras y los coloco en su sitio. Yo no soy cura, ni entiendo de religiones, pero si no siembro las piedras bajo el conacaste y las señalo cada cual con su nombre ¿qué quedará de los que se fueron? ¿Quién guardará su memoria?

Debo continuar hasta la casa y buscar el lugar donde murió la esposa, para honrarla como es debido. Me la mataron entre las matas de huerta y allí mismo la enterré, con prisas, mirando por salvar la propia vida. Pero aún estoy lejos. Subo por el cerro de La Peña, buscando Los

Talpetates; más allá están San Felipe y San Justo y al fondo la hondonada del Guamulepa. Se me va el tiempo en vagar entre las viejas trochas y perderme en ellas como si fueran un laberinto. Todavía algunas tardes se juntan nubes para traer la tormenta. Se oscurece la tierra y ruedan los truenos por el techo del cielo como rocas enormes, estallan los rayos con un traquido que revienta los tímpanos y cae la tromba con la fuerza de una venganza, pero a pesar de todo no me asusto. Yo levanto la cara para que se remoje este pellejo seco que cargo por máscara y abro la boca hasta desencajar las quijadas para tragar la lluvia que me sacia y que me limpia.

—Ay, viejo haragán, ya te quedaste sentado nomás por no moverte, pensando en babosadas, como has hecho siempre.

Se me hace como que es la voz de mi alero Arsenio López, que me persigue desde a saber cuándo fregándose con tonteras y carajadas. Por este rumbo sale una vereda que lleva a su ranchito y la sigo. Hay un potrero cerca y huele a zacate recién cortado. Me da hambre ese olor, como si yo fuera un caballo cansado. La casa parece entera. Yo le ayudé a Arsenio a levantarla. Tiene catorce hiladas de adobes y le incrustamos en ellos trocitos de teja pensando en repellarla un día, pero no se pudo, por la guerra. Delante de la casa veo a la Chica, su mujer. Me saluda como si nada, como si hubiéramos estado platicando ayer.

—Y Arsenio, le pregunto.

—Cortando zacate. Pase usted y siéntese.

La pared, al acercarse uno, se ve maltratada y vieja, igual que la puerta, que está desvencijada y bate loca con el aire. Adentro parece una ruina porque medio techo está hundido. A un lado, las costaneras podridas y las tejas rotas

se amontonan en el suelo. En el otro lado está el fogón apagado y la Chica me sirve una vasada de café frío, pero lo siento tan rico como si estuviera recién cocido. Hay dos viejas sentadas en zancudos. Al principio no las vide. Quiero reconocerlas, pero no caigo en quiénes serán. Con esos ropones oscuros y los trapos en la cabeza, como si fueran evangélicas, es difícil atinar.

—Elpidito, hijo mío, me llama una de ellas.

Tiene la boca desdentada y la cara tan arrugada como la corteza del quebracho. A su lado yo parezco un jovenón de veinte años.

—¿No me reconocés, Elpidito?, soy la niña Brígida.

—Fijate vos, le comenta a la otra, que no me reconoció este hombre: si yo he jugado con él cuando era un chigüín.

—No te reconoció, ni tampoco a mí.

Yo estaba creído que se había muerto esta mujer; me ha parecido ver la piedra con su nombre bajo el conacaste.

La niña Brígida me responde al pensamiento; quizá sin darme cuenta he hablado en voz alta.

—Lo pasamos mal, hijo, tantos sufrimientos que hemos padecido que no te los podés imaginar. Pero aquí estamos, igual a vos. Esta de aquí es la Maximina, la que tenía el sacadero de guaro en Los Cóbano, ¿no te acordás Elpidito? Se vino con nosotros porque a su nieta la desaparecieron. La muchacha era muy bonita. Mucho, mucho. Una mañana fue al pueblo a comprar comida y algotras cosas, pero no regresó.

La Maximina tiene la piel pegada a la calavera y unos ojos tan perdidos al final de las cuencas que no logro vérselos. Y de nuevo debo haber pensado en voz alta, porque la niña Brígida me contesta.

—Está ciega, por eso no se los podés ver. Ya te he dicho que hemos vivido un calvario verdadero en esta tierra, hijo,